



PONENCIA INICIAL DEL CONGRESO DE VOCACIONES

¿PARA QUIÉN SOY YO?

1

Equipo de la Ponencia: Alfonso Alonso-Lasheras, SJ, Ana Samboal, Luis Manuel Romero, José Benito Gallego, Hna. María José Tuñón, Florentino Pérez y Gabriel Richi.

INTRODUCCIÓN: ¿de dónde venimos?

Bienvenidos a este Congreso de Vocaciones “Asamblea de llamados para la misión”, que, cierra el ciclo del plan pastoral 2021-2025 de la CEE. Da continuidad a aquel Congreso de Laicos de 2020 “Pueblo de Dios en salida”; y al trabajo que, desde entonces, se ha venido haciendo en temas del Primer Anuncio, de la Educación Cristiana y de Sinodalidad, en el que toda la Iglesia está sumergida. Se trata ahora de dar un “paso” más: del anuncio del Kerigma a la elaboración de una respuesta -con la propia vida- al mismo. Realmente este congreso comenzó hace meses, con todo el trabajo previo que se ha ido haciendo en la CEE pero también en diócesis, congregaciones, movimientos: han sido fichas, reuniones, encuentros... confiamos que también hayan sido meses de oración y de escucha del Espíritu. Con ello, este fin de semana continuamos este itinerario de encuentro, formación, oración y celebración.

CONTEXTO: diagnóstico del momento actual

Pero ¿por qué este congreso? ¿por qué este énfasis estos últimos años en “la vocación”? Seguro que, si preguntamos fuera de estos muros o incluso dentro de ellos, la respuesta mayoritaria sería “*porque cada vez hay menos curas y monjas*”. Entonces sería la disminución de vocaciones de “especial consagración” la causa de este. Está claro que esa realidad nos preocupa y ocupa, pero no es la razón última de nuestros esfuerzos.

La realidad que nos rodea no es de falta de curas y monjas, sino de falta de vidas entendidas y vividas como vocación. En todos los ámbitos: en el familiar, en el profesional, en la Iglesia... lo que está en crisis es la “vida entendida como vocación”. Es una crisis antropológica, de comprensión de lo que somos. Por eso se puede decir que el paradigma actual es el de “personas sin vocación”, porque corresponde a cada uno darse un propósito, arreglarse un sentido. De modo que lo “vocacional” se reduce a una mera elección donde cada uno pone sus “reglas” y hace un ejercicio autónomo de, simplemente, optar.

Esta situación tiene diferentes causas. Por un lado, la exacerbada búsqueda de libertad, propia de la modernidad, que quería a toda costa generar sujetos autónomos e independientes. Ha sido un proceso de “sobredimensionamiento” de la libertad, reduciéndola a su dimensión negativa (que nada ni nadie te oprima ni limite, que lo puedas todo y no tengas que renunciar a nada ni cerrar ninguna puerta...), a expensas



¿PARA QUIÉN SOY?
CONGRESO DE VOCACIONES 7-9 FEB 2025
ASAMBLEA DE LLAMADOS PARA LA MISIÓN



2

de olvidar su dimensión positiva basada en la capacidad de cumplimiento y en la responsabilidad. Ha sido tal el proceso de exaltación de la autonomía que hoy prima, casi por encima de todo y casi en cualquier ámbito, el derecho a decidir y a la autodeterminación. Es -en palabras de Don Luis Argüello- el “derecho a tener derechos”. Por tanto, un reclamo continuo de libertad pero sin capacidad para ejercerla de facto en el hecho de optar, de renunciar, de elegir y asumir responsabilidades.

También la aceleración de la vida propia de las nuevas tecnologías, ha llevado a vivir en un presentismo que solo permite focalizar la mirada en la satisfacción inmediata de “apeteceres” y necesidades. ¡¡Si hasta estamos condicionados neurológicamente por causa de las pantallas!! Con todo lo que conlleva de volatilidad de valores y de quiebra de los procesos reflexivos, con dificultad para focalizar la mirada, la motivación y vivir más allá de uno mismo y del momento presente. Y, con ello, casi desaparece cualquier lugar para la trascendencia. Por lo tanto, no se tiene más criterio que el conseguir la gratificación inmediata de los sentidos, la propia vida acaba orientándose únicamente por lo que “me va”, lo que “me hace sentir bien”, reduciéndose todo a un mundo afectivo hecho a medida.

Por mi misión hago muchos talleres con alumnos de Bachillerato o de la universidad. Acostumbro a preguntar cuántos conocen o intuyen cuál es su vocación. Suelen ser pocos los que se atreven a levantar la mano. No me parece problema eso, es normal, y más hoy que los procesos de maduración se atrasan. El problema no es que pocos conozcan su vocación, el problema es que al resto no les importa saberlo ni tienen intención de ponerse a buscarla, porque lo importante, es “lo que yo quiero y lo que yo escojo”. Son, por tanto, los elementos antropológicos esenciales para la vocación los que están en crisis. Los jóvenes viven sumergidos en un mundo lleno de información, lo tienen todo al alcance de la mano, pero carecen de las herramientas básicas para la vida, desconocen la “gramática elemental” de la existencia. Y así el sujeto se convierte en veleta que apunta hacia donde sopla el viento del momento. De manera que todo itinerario personal es inestable y voluble. Se acaba en un relativismo donde parece que no hay tierra firme, ni nada sólido que pueda dar horizonte a la vida. De modo que no se sabe cómo coger las riendas de la propia vida. Y esto está generando grandes heridas personales, sociales y eclesiales. Las consecuencias las vemos casi a diario: la soledad en 1 de cada 4 jóvenes, el vacío existencial, el miedo al provenir, el desasosiego, la falta de sentido... hasta el extremo terrible de llegar a no querer vivir.

Si el paradigma de hoy sitúa en el centro al sujeto, la libertad y la búsqueda de bienestar se convierten en el foco de toda decisión. De manera que no hay cabida al amor, centro de un paradigma vocacional. Sumado a una sociedad que prima la eficacia y la utilidad por encima de todo, se debilita cualquier búsqueda del bien común. Por eso podemos decir que la cultura reinante hoy es “anti-vocacional”, pues prima el propio bienestar, la libertad por encima de amor, y desemboca en valores que son opuestos a las virtudes necesarias para poder responder a la propia vocación. Por sus consecuencias, podemos decir que el proceso de emancipación del individuo ha descarrilado. La propuesta posmoderna que busca darnos “alas” lo ha hecho a costa de



eliminar “raíces” sobre las que construir la vida, generando individualismo, vínculos débiles y soledad a pesar de la hiperconexión, falta de sentido...

Y una advertencia: esta realidad no es algo de afuera, es algo que también se da dentro de la Iglesia y dentro de cada uno de nosotros. No somos ajenos ni inmunes a la cultura en la que vivimos. Y del mismo modo afecta a muchas de nuestras pastorales: ¿acaso no caemos tantas veces en una pastoral de valores más que de encuentro y escucha de Dios, en la que la vida cristiana termina siendo una pastoral que reduce la vocación a una mera opción con criterios sentimentales o afectivos, sin apertura a la transcendencia y con escasa responsabilidad respecto a la vida propia o ajena? Me temo que sí.

Pues con todo ello, con todo lo oscuro que hemos presentado este contexto, me atrevería a decir que esta crisis NO es la razón última de hacer un congreso de vocaciones ni de trabajar por una cultura vocacional. ¿Cuál es entonces? La certeza de que Dios sigue invitándonos a todos a una existencia plena y dichosa. Y que lo hace amando y llamando. La razón última es la certeza de que todos tenemos vocación. Aunque algunos “ruidos” ambientales no ayuden a oírla. No es, por tanto, por reacción a algo negativo. Sino por la absoluta confianza de que **Dios “sueña” para todos y cada uno un camino de dicha verdadera y plenitud**. ¿Podemos, por tanto, hacer alguna cosa mejor que ayudar a cada persona a descubrir y alcanzar la plenitud de vida a la que es llamada?

Por tanto, claro que nos preocupa el descenso de formas vocacionales concretas, pero estas son secundarias. Quizás debemos trasladar la preocupación y los esfuerzos a ayudar a entender y vivir la vida como vocación. De eso va la Cultura Vocacional de la que nos toca hablar: hablemos primero de Vocación y después de Cultura.

¿QUÉ ES LA VOCACIÓN?

Si preguntamos en la calle “¿Qué entiendes por vocación?”, encontramos respuestas tan dispares como contradictorias. Ahora, si preguntamos “¿Cuál es tu vocación?” la cosa cambia, pues la pregunta vocacional no es una pregunta más como preguntar si alguien tiene frío o calor, sino que lo que se pone en juego en la propia pregunta es el yo. Por lo tanto, si se vive con hondura, se convierte en modo de vivir y de plantearse la existencia.

En este congreso, pues somos todo “gente cumplidora” que ha hecho un trabajo previo con las fichas propuestas, sabemos que la vocación no se reduce a un empleo o a una tarea, sino que tiene que ver más con el SER que con el HACER. La tarea vocacional no deja de ser una concreción de la MISIÓN a la que uno es enviado desde lo que ES. La vocación aúna la identidad y la misión, de modo que no nace una al margen de la otra sino que, de alguna manera, van de la mano, de modo que uno/a “es hecho, es llamado”. La vocación constituye al sujeto, a la persona en cuanto tal, porque la constituye como relación con Aquel que la crea, que la llama. Por tanto, frente a ese “sueño modernista” de autonomía, resulta que somos un “yo en relación”. Y esta alteridad es constitutiva del yo y no una elección personal.



¿PARA QUIÉN SOY?
CONGRESO DE VOCACIONES 7-9 FEB 2025
ASAMBLEA DE LLAMADOS PARA LA MISIÓN



4

Por lo tanto, nunca podemos olvidar que el punto de partida es que somos amados. La clave del ser llamado es el ser amado. Un amor que nos trae a la existencia, que nos regala la vida de manera incondicional. Nadie se da la vida ni se la gana a base de méritos o capacidades personales. La vida es don. Y esa es la primera vocación que recibimos: la existencia. Vocación que es universal, de todos. Y habría una segunda vocación universal: a la “dicha”. No se nos da la vida para arrastrarnos por la existencia sino para llenarla de sentido, de VIDA (con mayúsculas). Este es el fundamento antropológico de la vocación que el Papa Francisco recuerda en la *Christus Vivit*. Nuestro ser más íntimo está en ser don, lo cual hace referencia al Dador, sobre el que se funda nuestra existencia. Por tanto, la vocación no es un extra a lo que somos, no es un añadido a la estructura antropológica fundamental, es lo que somos: “Somos vocación”. Es bonito pensar que el nombre que tenemos cada persona es reflejo de esto: el nombre nos es dado, y nos identifica. Y con él “se nos llama”, porque antes que “llamado a algo concreto” por nuestro nombre, somos “llamados con” un nombre.

El camino hacia la felicidad verdadera pasa por acoger este don que somos por parte de nuestra libertad, y hacerlo florecer en la dinámica de convertirse en donación. Es en el “darse” donde encontramos las dos dimensiones necesarias para la vida: sentido y gusto. Sentido tiene que ver con el saber, con hallar la respuesta al porqué y para qué profundos de la propia existencia. Aporta significado, dirección, densidad, hondura... de alguna manera impide una existencia vacía. El gusto tiene que ver con sabor, alegría, gozo... Ambas son necesarias para la plenitud de la persona, y ambas se alcanza al descubrir y responder a la vocación específica de cada persona, el modo de concretar el ser “donación”. Esa vocación específica es la que intenta responder a la pregunta “¿para quién soy yo?” pues, como se dijo en el CVII (GS 24): “*el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás.*”

Este fundamento hoy es profundamente contracultural. La vida como don encuentra su sentido en aceptar esa tarea de convertirse en un bien que se dona, que se hace para los demás. De modo que descubrir la propia vocación es, en el fondo, pasar a percibir como tarea lo que se ha descubierto como don, dando un significado a todo lo que se hace y haciendo brotar las mejores capacidades de sacrificio y entrega. Es lo que el CVII nos formulaba con “la vocación de todos los bautizados a la Santidad”. Que recoge la experiencia espiritual que todos lo que estamos aquí alguna vez hemos vivido: la de Cristo invitándonos a seguirle. Porque todo cristiano es un llamado, a seguir a Cristo, a ser miembro del Pueblo de Dios. Y, de nuevo, no por nuestros méritos o capacidades, ni por segregarnos de otros, sino por puro amor y para enviarnos a la misión de trabajar con Él en este construir Reino de Dios. Por eso todos nosotros vivimos nuestra vocación con esos dos polos: el Dios que nos llama, y el mundo al que somos enviados.

En resumen: que la vida es vocación y que la dicha pasa por saberse donación, es de todos y para todos. Y que esto se concreta en los diferentes estados de vida y misiones que son las vocaciones específicas de cada persona. Dicho de otro modo: las



diferentes vocaciones son el rostro concreto de la Vocación. Por tanto, no podemos hablar de Vocación sin vocaciones y no tienen sentido las vocaciones sin Vocación. Porque en todas Dios nos **primerean**¹, Él es el que llama y toma la iniciativa de darnos la vida, de llamarnos al seguimiento, etc. El Señor crea y ama llamando, y a poco que afinemos los oídos del corazón, descubrimos en el amor de Dios una llamada. Esto lo hemos vivido todos. Una llamada que nos respeta, que no se impone, sino que invita a que respondamos libremente, como respuesta a su amor. Por tanto, esto no es un privilegio de unos pocos, sino que todos somos y tenemos vocación. Todas igual de importantes e imprescindibles: sacerdocio, vida consagrada, el laicado, el matrimonio, etc. No es algo de curas y monjas, sino que también toca -dicho coloquialmente- “meterse a laico”. Una diversidad de vocaciones que no sólo habla de la importancia de todas ellas, sino también de su complementariedad. Todas se necesitan unas a las otras. Y, seguramente, desde vivir en plenitud la propia vocación, es desde donde mejor pueden valorarse las otras vocaciones.

¿Podemos dar algunos rasgos o características que nos ayuden a entender mejor esto de la vocación? Yo creo que sí, ahí van algunas notas o imágenes que nos ayudan a nuestra propia vocación y a acompañar la búsqueda y respuesta de otras personas:

- Ya hemos dicho que es algo que se recibe, y no que uno se da. No es una auto-realización (como dicen los libros de moda) sino una **hetero-realización** en la que Dios tiene la iniciativa en un proceso de relación con Él. Por tanto, los propios sentimientos y la subjetividad no son el criterio último, ni son creadores de la realidad ni de la vocación.

- Se convierte así en **horizonte de sentido** hacia el que dirigir la vida. Marca la **dirección** de mis decisiones que se van viviendo con **gusto**. Es, por tanto, una brújula segura que da orientación en el camino de la vida, y no tanto un GPS que indica con detalle los tiempos y lugares, sino que señala un norte hacia el que orientar las elecciones.

- Ha de concretarse en una **respuesta**. Tiene carácter personal y dialógico, de manera que es don, pero también **tarea a realizar**, pues no es una llamada etérea, sino que pide concreción. Es decir, sin respuesta no hay vocación. Es «el entramado entre elección divina y libertad humana»². De modo que uno responde a dicha vocación a medida que da pasos hacia ese horizonte de sentido: no en un “Sí” en un momento determinado, sino en cada paso que supone actualizar ese “Sí”. Por tanto, **toda edad es vocacional** y no sólo cuando se elige un “estado de vida”. De distinto modo y manera, pero siempre es tarea.

- Por tanto, no es una respuesta en una decisión aislada, sino un camino. Si bien la vocación específica es la voluntad de Dios sobre la vida de la persona, toca huir de una **concepción pasiva y mecanicista** de la existencia, como si Dios manejase unos hilos imaginarios y nosotros fuéramos marionetas que tenemos que “acertar” con el movimiento, de modo que en cada decisión nos jugamos acertar con la respuesta. Sería

¹ Cf. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* n.24

² Documento final de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (3 al 28 de octubre 2018)



concebir la vocación como un **puente estrecho** en el que uno corre el riesgo de “caer” en la infelicidad eterna si da un paso equivocado. Miedo que paraliza a tanto joven a la hora de tomar alguna decisión. La vocación no se impone como un destino que padecer ni como un guion ya escrito, sino que es una oferta de gracia que reclama la interpretación libre y creativa.

- Es, por tanto, un **proceso** en que uno va respondiendo (**en gerundio**) al ir haciendo camino. De modo que aquello a lo que caminamos como proyecto futuro está ya, en germen, en nosotros como don. Don que atraviesa el pasado hasta el presente en que voy decidiendo y dirigiéndome hacia el futuro. Don que está en un “presente continuo permanente” otorgando esa dimensión dialógica. Supone aceptar la **vida y la vocación como proceso dinámico**, donde la elección se va continuamente actualizando al enfrentar las novedades que trae el paso del tiempo y los distintos contextos. Realidad difícil de aceptar para el joven de hoy que lo que quiere es “estar ahí ya”.

- No es, por tanto, algo que “aparece” en un momento determinado ni algo que pueda descubrirse a base de pistas y herramientas, sino que el lugar principal para su escucha está en la relectura de experiencias pasadas, donde se descubre dónde y cuándo de la propia vida estuvo Dios llamando. No es tanto una cuestión de “pistas” para descubrirla como de **“huellas”** -llenas de sentido y dicha- para reconocerla. La imagen no sería la de un mapa para descubrir el tesoro (que es lo que el joven hoy pide), sino de un retrovisor que nos ayuda a mirar atrás y ver si hay huellas que indiquen que vamos en la dirección adecuada (porque a Dios sólo se le ve de espaldas). Se hace clave el examen, la revisión de la vida, el escuchar dónde “ardió el corazón” para poder descubrir huellas y avanzar.

- Decíamos antes que la vocación es parte de la estructura antropológica fundamental. Por tanto, no es un extra a modo de apéndice de un proceso de maduración o de profundización en la fe. No es la “guinda del pastel” que culmina el proceso constitutivo de un sujeto o que solo algunos son capaces de alcanzar. Sino que es **constitutiva del ser, es principio unificador**, es el eje entorno al cual se integran todas las dimensiones de la persona. Por eso, frente al miedo a que la vocación nos pida ser “algo distinto a lo que somos”, es lo que realmente encarna nuestros anhelos más hondos, lo que saca el yo más auténtico, lo que me hace ser el “yo más yo que yo puedo ser”.

- Toda vocación posee una **dimensión comunitaria**, en un doble sentido: **lo eclesial y lo misional**. La Iglesia no es un elemento más, sino que posee una dimensión genética de la propia vocación para el tejido de la vida cristiana: su historia-experiencia, su sinodalidad, y sus necesidades, la convierten en criterio e instancia última para la “verificación” de toda vocación. Al mismo tiempo (como nos recuerda el Papa Francisco en *Fratelli tutti* y en *Laudato si*), todo está interconectado y formamos parte de una fraternidad universal que hace de las heridas de este mundo roto una llamada divina que nos interpela. Este compaginar la vivencia personal con lo eclesial y lo misional, recuerda que la dicha es imposible sin otros, lo cual, en una sociedad individualista, es profundamente profético.



- Apunta al “para siempre”. La vocación tiene **carácter de perpetuidad** pues el amor en su entraña esconde una dinámica que apunta a lo eterno. Un amor con condiciones o “temporal” no es amor. Que la vocación sea proceso no excluye la definitividad del Sí. El uso de la voluntad y del esfuerzo son tan necesarios para responder a la llamada vocacional como para **permanecer y perseverar** en dicha respuesta. En un mundo líquido en el que todo es relativo y provisional, en el que los compromisos son “tanto cuánto” o “no del todo”, la dicha de la vocación pasa por la fidelidad y la constancia de los compromisos sólidos y duraderos, y por la confianza en las promesas mutuas. Claro que una respuesta vocacional **puede fracasar**: por factores internos (un discernimiento mal hecho o por no cuidar la propia vocación) y por externos (circunstancias que no posibilita la realización de esta). Pero eso no significa que Dios “cambie de opinión”. Y, por supuesto, la misericordia de Dios siempre sostendrá la vida de sus hijos hasta el encuentro definitivo con Él.

- Por último, diría que la vocación **no es evidente**. Hay quienes buscan y no encuentran. Pero esto no es debido a que brille poco, sino a que otras “luces” de nuestra sociedad nos distraen, y otros “ruidos” apagan la voz de Aquel que nos llama. Por eso se hace tan importante el trabajar por una cultura más vocacional, para ayudar a tantos a escuchar.

Sirve de resumen parte de la ponencia final del congreso de laicos 2020 “Pueblo de Dios en salida”, que nos recordaba: *“La vocación es el regalo que Dios nos dona junto a la vida. Este pueblo ha sido bendecido con distintas vocaciones. No es extraño entender la vocación como camino de santidad, como fruto del Espíritu Santo en nuestras vidas y en nuestras comunidades, porque toda vida es misión. Hay una continuidad inseparable entre vocación, misión y santidad. La llamada a la santidad es una llamada a la entrega, a la donación y a la alegría misionera. Vocación y misión están inseparablemente unidas. No podemos olvidar nunca que la vocación y la misión nacen del Señor, de Él parte la iniciativa. La misión es del Señor, es Él quien llama y envía”*.

CULTURA VOCACIONAL: anhelos

Evidentemente una sociedad que prioriza el bienestar por encima de todo juega en contra de esta propuesta, por eso **toca remar a contracorriente apostando por una cultura vocacional en todos los ámbitos**, donde las personas elijan qué hacer con su vida persiguiendo un sentido y plenitud que no alcanzarían por otros caminos, escuchando la llamada del Señor y asumiendo lo radical y exigente de toda vocación y estado de vida. Se trataría de crear una cultura que:

- 1º ayude a entender e interiorizar que somos vocación,
- 2º ayude a escuchar esa llamada concreta y específica para cada uno, y
- 3º genere sujetos capaces de responder a la misma.

Para eso la CEE puso en marcha un **Servicio Nacional de Vocaciones**. Nació en 2022 coordinado por las Comisiones de Clero y Seminarios; Vida Consagrada;



Laicos, Familia y Vida; y Misiones; junto con CONFER y CEDIS. Es pues un proyecto de comunión que pretende ayudar a ir creando en la Iglesia que peregrina en España una cultura vocacional que ayude a todos (niños, jóvenes y adultos) a plantearse la vida como vocación, con génesis en los sacramentos de iniciación cristiana y con horizonte la llamada a la santidad.

Como hemos expresado en el diagnóstico, la crisis vocacional (al igual que la crisis en la transmisión de la fe) no nace de la ruptura local o puntual de “un eslabón” de la cadena, sino que se trata de una ruptura sistémica y funcional.³ No podemos, por tanto, abordar esta situación desde una única perspectiva, sino que al tratarse de una ruptura múltiple ha de trabajarse desde múltiples ámbitos (pastoral, social, académica, relaciones interpersonales, dinámicas institucionales...). Es decir, creando **un ecosistema, una cultura, un humus**, que ayude a los tres objetivos anteriores. No se trata de una mera actividad a diseñar, de un taller específico, o de un ítem a introducir en programaciones y planes pastorales. Se trata de involucrar a todas y cada una de las personas, comunidades e instituciones que formamos la Iglesia, para que “lo vocación” no sea una parte o un añadido de nuestra tarea, sino el eje vertebrador de lo que somos y hacemos, en una cultura creada y compartida por todos. De modo que se convierta en **parte esencial y transversal** de todos nuestros esfuerzos, pues no es posible generar cultura a base de “parches” (alguna campaña o alguna actividad pastoral, académica o comunicativa) sino que necesita de cierto ambiente -cultura- que integre todas las dimensiones de lo que somos y hacemos. De lo contrario, simplemente estaremos dando un barniz sobre la cultura en la que vivimos.

Por ello, es tarea multidimensional. La filosofía señala dos herramientas clave para generar o cambiar una cultura: el lenguaje y las prácticas. Crear una cultura vocacional pide **repensar el lenguaje y las prácticas** de nuestras comunidades e instituciones. No sólo del ámbito pastoral, sino de todas y cada una de las dimensiones que forman parte de nuestras instituciones y comunidades. Sólo generando un lenguaje común y un modo de proceder coherente, podemos recrear una cultura en la que las personas estén mejor capacitadas para plantearse la vida como vocación. En este sentido, un cambio cultural de este calado debería transformar también las diversas dimensiones de quienes formamos la Iglesia: nuestros gestos, palabras, símbolos, relatos, valores... Recrear una cultura supone buscar caminos para que todo lo que somos y hacemos sume en la misma dirección, es decir, para **normalizar** la vida así entendida y vivida. De lo contrario se generan incoherencias entre teoría y práctica, que no sólo no suman, sino que restan con todo el perjuicio que conlleva.

Probablemente sea éste uno de los ámbitos más urgentes a los que hoy el Espíritu Santo nos invita a la **conversión**. El Papa Francisco habla de dicha invitación como llegando a reconfigurar elementos tan concretos como nuestros horarios. Yo creo que la invitación a este cambio cultural no pasa tanto por los “qué hacemos” sino por los “**cómo** lo hacemos” y “**desde dónde** lo hacemos”. En cualquier caso, es esta invitación a la conversión algo dirigido a toda la Iglesia y no sólo a algunas personas. No hay modo de generar una dinámica que pueda considerarse “cultural” si ésta es

³ Cf. URÍBARRI, G. Jesucristo para jóvenes, Sal Terrae 2022.



llevada a cabo tan solo por unos pocos. Sabiendo que toca remar a contracorriente, o lo hacemos **todos juntos** o el esfuerzo será en vano. Es, por tanto, misión compartida por laicos, sacerdotes, consagrados, obispos...

Además, esta tarea apunta a una **doble dimensión** que es bueno explicitar: por un lado, crear esta cultura vocacional en sentido amplio; por otro, promocionar y trabajar por cada vocación específica, aprendiendo a amar y valorar todas no sólo como posibles, sino como plausibles. Por eso este congreso trata de animar a toda la Iglesia a presentar con eficacia la variedad de vocaciones: en toda pastoral, en toda formación, en toda espiritualidad, etc. De manera que toda actividad eclesial sea “vocacional”, es decir: que ayude a toda persona a escuchar la llamada a poner sus dones al servicio de las necesidades del mundo con vidas comprometidas, acompañando la respuesta a la invitación del Señor a seguirle y ser enviada en misión: *“Llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos”* (Mc 6, 8). Dado que la misión no es nuestra, sino de Cristo, solo podemos crear esta cultura y ayudar a otros estando **muy unidos a Él**. Él es quien llama a vivir con Él y como Él.

Me atrevería a añadir una última observación. La Iglesia no se halla en el mundo para crear otro mundo al lado del primero creado por Dios, sino para ayudar al mundo real. No podemos caer en el **dualismo** que escinde la fe de la vida, reduciendo la misión de la Iglesia solo a fines para el “más allá”, olvidándose de que ya aquí, en lo temporal, hemos de ir construyendo Reino de Dios y saboreando la Salvación. Por eso se trata de crear una nueva cultura. Todo proceso evangelizador apunta a transformar la cultura haciendo crecer las semillas del Reino que ya hay inmersas en ella y revirtiendo las dinámicas que son contrarias a la Buena Noticia. Con ello, debemos acoger con humildad que transformar por completo la cultura dominante se torna misión casi imposible a pesar de las numerosas instituciones, comunidades y personas que formamos la Iglesia y trabajamos en esta misión compartida. Ni siquiera Cristo lo consiguió. Y la dimensión escatología de nuestra fe nos recuerda que, aunque ya se vaya dando esa transformación, del todo sólo se dará (por gracia de Dios) en “el último día” o en el “más allá”. Desde la **conciencia humilde de nuestras capacidades**, sí podemos y debemos aspirar a crear allí donde la Iglesia está presente un clima, un lugar, una morada, una cultura que apunte a ello. Quizás ayude alertar del peligro de acabar centrándonos en dinamismos sociológicos o teorías sobre las relaciones interpersonales, perdiendo el foco y la prioridad de nuestra misión, que siempre serán las personas.

HACIA UNA CULTURA VOCACIONAL

¿Qué elementos o pasos se pueden ir dando en la creación de esta cultura? Confiamos que este congreso nos ilumine y dé pistas para ello. Ahora, simplemente, enumeramos algunas cuestiones claves que mañana en los diversos talleres iremos profundizando en 4 itinerarios. Todos apuntan a generar un **sujeto vocacional**: alguien que, al entrar y vivir en dicha cultura, adquiera por “contagio” -interiorice y normalice- que la vida es vocación, que lo honrado en la vida es intentar escuchar a



qué le llama Dios, y adquiera las virtudes sólidas necesarias para poder responder y perseverar en su vocación. Aparecerán elementos clave como:

- Los procesos de iniciación cristiana con sus tres sacramentos y la importancia de la educación cristiana. Recuperando toda la dimensión vocacional de un proceso catequético que viene de antiguo: con la belleza de la vocación bautismal a la santidad, y la eucaristía como culmen de un proceso y lugar en que todas las vocaciones se descubren sinodalmente.
- La interioridad como capacidad de hacer silencio y de escucha. Paso previo para la apertura y encuentro con la trascendencia y la escucha de la voz de Dios, en un proceso de crecimiento en la fe donde nace la pregunta ¿qué he hecho por ti? ¿qué he de hacer por ti?
- Experiencias que pongan el corazón de la persona en contacto con la gracia. Especialmente en la escucha de la Palabra y en el sacramento de la Reconciliación, donde uno se vive interpelado y acogido a pesar de la propia realidad limitada y pecadora.
- Experiencias capaces de despertar preguntas que vayan ganando en hondura. Desde el “¿qué quiero hacer?” para llegar al “¿qué quiere Dios de mí?” o el “¿Para quién soy yo?”, unidas al acompañamiento y discernimiento como herramientas clave.
- La Iglesia, asamblea de llamados, como el lugar en el que han de discernirse las vocaciones, pues no las hay absolutas ni separadas unas de las otras, sino que concurren en la edificación de la Iglesia y se reclaman recíprocamente.
- La necesidad de salir de sí mismo y de la autoreferencialidad, con un yo descentrado que sepa situar el bien común por encima de sí mismo, pues la vocación es “el lugar donde tu más profunda alegría se encuentra con la más profunda necesidad del mundo” (Buechner).
- La libertad bien entendida: poniéndose en juego en la decisión capaz de renunciar y asumir responsabilidades. Y con ella la cultura del esfuerzo que ayude a plantar cara a frustraciones y fracasos, ayudando a optar por lo que merece la pena antes que por el propio bienestar.
- La capacidad de mirar a largo plazo valorando la paciencia y la espera propia del ritmo real de la vida y sus procesos, evitando vivir en el presentismo y en la inmediatez que llevan a la búsqueda de la gratificación instantánea.
- La aceptación serena de los propios límites y heridas, haciéndose cargo de la propia realidad. Se trata de la experiencia paulina de ser *fuertes en la debilidad*.
- Frente a la seguridad como valor absoluto, el aceptar el componente de riesgo y de apuesta que tiene toda decisión y respuesta. Sabiendo que el que no es capaz de arriesgar por aquello que ama es que no lo ama en absoluto.
- La dimensión de gratuidad de toda vocación. Con los rasgos y rostros concretos de las diferentes vocaciones eclesiales, todas ellas como camino de donación



que va más allá de los meros criterios de utilidad y eficacia reinantes en nuestra sociedad.

Estos y otros elementos y herramientas son para las que ha nacido el Servicio de Pastoral Vocacional de la CEE; y mañana podremos profundizar en ellos a través de los 4 itinerarios:

1. Palabra: Un Dios que, por pura iniciativa de su amor, nos llama
2. Sujeto: Una vocación personal que define la identidad
3. Misión: Y que da un horizonte de sentido en la entrega en una tarea
4. Comunidad: Sabiendo que el origen y lugar donde se complementan todas las vocaciones es la Iglesia

CONCLUSIÓN

Una sociedad que prioriza el bienestar por encima de todo invita a vivir sin escuchar a la propia vocación, por eso toca remar a contracorriente apostando por una cultura vocacional en todos los ámbitos de nuestra vida. Ahora, darnos cuenta de ello tampoco es “descubrir” nada nuevo. En el fondo es recordar y actualizar el Espíritu del CVII del cual el Papa Francisco nos ha hecho algunos recordatorios, pues es Cristo quien “*manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*” (GS 22).

No deja de ser un recordatorio de esa conversión continua a la que siempre nos lleva la fe. Quizás a una Iglesia más pequeña, pero más auténtica, más significativa y más testimonio confesante, puede generar el deseo al resto de la sociedad para aspirar a más y querer vivir también así, ayudando a todos a descubrir para qué o para quién han sido creados, con el convencimiento de que será camino de plenitud también para ellos. De esta manera, una cultura más vocacional no será solo un servicio a la Iglesia, sino a toda la Sociedad. Crearla pasa por renovar y reavivar la propia vocación, vivirla en plenitud, irradiar las virtudes y actitudes que conlleva, de modo que por ósmosis se peguen en aquellos que entran en contacto con nosotros, por puro contagio y por la atracción que generan vidas “bien vividas”.

El horizonte de este congreso es, por tanto, crecer en la conciencia de que la vida es don recibido y está llamada a ser don para otros; crecer en fidelidad a la propia vocación específica, como medio para la renovación de la Iglesia, valorando la diversidad y complementariedad de todas ellas como necesarias para mostrar al mundo el Cristo total, y para ayudarnos unos a otros en nuestro peregrinar. Esto es motivo de agradecimiento profundo y celebración. Por eso este congreso ha de ser, ante todo, una gran fiesta de la Iglesia Española.

Sabiendo que un cambio cultural que cale en nuestra realidad profunda y no se quede en mero barniz supone un proceso a medio y largo plazo, toca comenzar esta tarea superando la tentación derrotista a la que el Mal Espíritu intenta conducirnos desde la queja, el desánimo o el cansancio. Del mismo modo, no podemos demonizar



¿PARA QUIÉN SOY?
CONGRESO DE VOCACIONES 7-9 FEB 2025
ASAMBLEA DE LLAMADOS PARA LA MISIÓN



12

ni culpar a la juventud: muchas veces vemos en ellos a culpables de esta cultura anti-vocacional, cuando en realidad son víctimas. Es más, hoy existe entre los jóvenes un deseo de un discurso ilusionante y alternativo a su cultura, una insatisfacción que es expresión de la “inconsistencia interna” del mundo en el que les toca vivir. Por eso el momento actual es una gran oportunidad para la Evangelización en su sentido más profundo. Y gozamos ya de multitud de elementos culturales positivos que hemos de seguir rescatando y potenciando, así como infinitud de testimonios vocacionales de personas que han sabido hacer de su vida bendición desde la fidelidad a su vocación. Nada hay más contagioso que un testimonio de lo que es la verdad última de nuestra vida.

Seamos sinceros: ¿puede haber misión más hermosa que esta? Ayudemos a que todos se pregunten “¿Para quién soy yo?”, y puedan escuchar: “Eres para mí, pues yo te creé porque te amo. Y eres también para los demás, pues puse en ti muchas cualidades, dones y carismas que son para los otros”. (Cf. *Christus Vivit* 286)